

LORENZO TRUJILLO DÍAZ

DIVAGACIONES SOBRE LA  
IDEOLOGÍA  
DE  
GÉNERO

SUS CAUSAS Y CONSECUENCIAS LÓGICAS

Edita: Lorezo Trujillo Díaz

**Correo electrónico:** [lorenzotd@planalfa.es](mailto:lorenzotd@planalfa.es)

**Imprime:** Gráficas Garrido, SL. Ciudad Real

**Depósito Legal:** D.L. CR 524-2019

© Todos los derechos reservados

## Qué es la «Ideología de Género»

Intentamos, como primer paso, expresar sencillamente lo que pretende; definir lo que es, o sea, su esencia. A partir ahí quizá podamos descubrir su lógica interna, sus presupuestos y últimas consecuencias.

No voy a entrar directamente —alguna puede salir de pasada— en cuestiones que pueden tener relación según se planteen, como el feminismo de género, derecho al aborto, homosexualidad, transexualidad, etc. Puede haber relación según cuáles y cómo se plantean, pero no entraré en ellas.

Tampoco intento hablar directamente de la moralidad de unas y otras conductas. Pretendo solamente mostrar las raíces y las consecuencias *lógicas* de esta ideología. La lógica interna del sistema que a veces pasa desapercibida incluso para muchos de sus partidarios.

*La «ideología de género» considera que la sexualidad no depende primariamente de la configuración genital o biológica (macho-hembra) sino de la cultura. Ser hombre o ser mujer no estaría determinado fundamentalmente por el cuerpo con que nacemos sino por los roles creados por la cultura, por la conciencia personal de los mismos y por las decisiones a tomar desde la libertad.*

Eso es lo fundamental: *la sexualidad no viene determinada por el nacimiento, por la corporeidad.* En ese sentido, nazca biológi-

camente varón o hembra, el nacido no es realmente ni varón ni mujer, es ambiguo mientras no decida lo que quiere ser. Lo cual implica que antes de decidir ser, no soy yo, aunque exista corporalmente.

Esta ideología puede plantearse de muchos modos y puede mezclarse con ella la lucha por los derechos de la mujer, por ejemplo; si bien nada tiene que ver puesto que esos derechos pueden y deben reivindicarse desde sí mismos y al margen de cualquier ideología. Partiendo de la definición, intentemos determinar los planteamientos subyacentes a la misma, las consecuencias que implica para la vida práctica de las personas concretas y de la sociedad.

He aquí una noticia tomada de El País —10 de noviembre de 2018— pero igualmente presente en los diarios de esos días:

*Emile Ratelband, un empresario holandés de 69 años, que ha sido panadero, restaurador, y en los últimos tiempos, asesor personal en cuestiones de autoestima, ha llevado la discriminación por razones de edad a límites insospechados. Según él, tras hacerse una revisión, los médicos le han asegurado que fisiológicamente tiene 45 años. Dado que así es como se siente, y no como un jubilado, ha pedido a los tribunales que modifiquen su partida de nacimiento: en lugar de la fecha real, 11 de marzo de 1949, quiere que pongan el mismo día, pero de 1969. «Si los transexuales pueden cambiar de género y que conste en el pasaporte, por qué no de edad», ha dicho.*

Esta absurda petición pone el dedo en la llaga con relación a nuestro tema. Aparte del diagnóstico médico —metafórico, por supuesto, como cuando nos dicen que tenemos unos análisis como de quinceañero a nuestros setenta u ochenta años—, lo que importa es ese «*así es como me siento*» interpretado como «*así soy*». O sea, «*así es como me siento*» es exactamente lo mismo que «*así soy*». La percepción de sí mismo se va imponiendo a la realidad anterior a la conciencia, a lo que uno realmente es, se vea como se vea y se sienta como se sienta. Esta mirada a sí mismo, al margen de la realidad que nos precede y supera, es uno de los rasgos dominantes de nuestra cultura. Dominante y creciente. Basta analizar un poco el fenómeno del selfie y los accidentes causados por mirarse ignorando el terreno circundante; como si la mirada fuera más importante que la misma supervivencia.

Quizá el asunto empezó con Renato Descartes. Su *je pense, je suis* (pienso, soy) ponía en paridad el ser con el pensar, el ser con la conciencia. ¿Pensar es ya existir? ¿Se existe en la medida que se piensa? La civilización del consumo y la caída del racionalismo humanista han provocado el tránsito de aquel «pensar» a un «sentir» subjetivo y sensorial. Ahora se diría algo así como: *me siento, luego existo, existo en la medida que me siento*. Resultado: la conciencia sensible es la existencia y la existencia no es sino la conciencia sensible. Soy lo que siento de mí. Eso es lo que, en el fondo, conducía a aquel empresario a solicitar el cambio en su pasaporte. Si *se sentía* con cuarenta y cinco años, ¿cómo figuraba en el registro con sesenta y nueve? Pretendía, ni más ni menos, subordinar su cuerpo real —nacido sesenta y nueve años antes— a su conciencia actual, a la percepción de sí mismo «avalada» por el estado de salud que certificaban los médicos. Con toda razón terminaba: *Si los transexuales pueden cambiar de género y que conste en el pasaporte, ¿por qué no de edad?*

Soy sacerdote católico (con perdón de la nueva religión, el laicismo). Parte de mi misión consiste en escuchar a muchas personas. Me impresiona que cada vez sean más numerosas las que se identifican con sus estados de ánimo pero dejando de lado la identidad que persiste en esos cambio del sentir: *me siento mal, siento que ya no amo, siento que he perdido la fe...* Yo pregunto siempre: *eso es lo que sientes, pero ¿no amas realmente? ¿Cómo te comportas? ¿Has perdido la fe realmente?* Nunca intentaré rehacer en alguien su autoestima conduciéndolo al engaño, cambiando simplemente su percepción de sí mismo; invitaré al cambio mediante la reflexión, mediante la acción y el cambio de conducta y, sobre todo, mediante la aceptación de la propia existencia con sus gracias y sus miserias. La autoestima real nace de la autoaceptación razonable, agradecida y abierta del ser (corporal) que nos es dado. Pero para la ideología que nos ocupa, el ser, la realidad

anterior a nuestra conciencia se vuelve algo irrelevante. El resultado es que para muchísimas personas actuales, lo sepan o lo ignoren, la conciencia (sensible y subjetiva) precede al cuerpo, crea la «realidad» (irreal por supuesto). ¿No habéis observado que cada vez se dice más *me siento feliz* en lugar de *soy feliz*? Sentir, sentirse: *me siento, luego existo*. Este es uno de los supuestos para concluir en el disparate de que cuando la persona deja de sentir, o siente que no desea vivir, ya no es persona, no existe; quitarle la vida o ayudarle al suicidio no es matar a alguien... pues ya no se siente a sí mismo y, por tanto, no existe: ¿cómo acusar de homicidio a quien le quita la vida si ya estaba muerto?

La vida, la corporeidad, se disuelve en las experiencias, variadas y cambiantes. Al final, ¿quién soy? ¿Soy mi última experiencia? ¿Soy uno hoy y otro mañana al cambiar mi sentir? El siguiente relato es un intento de expresar lo dicho en este número de modo más sencillo y sugerente. Es una relectura libre de un pasaje evangélico o un cuentecillo inspirado en él.

## Me llamo Legión

Salimos al mar para alejarnos del gentío, pero el Señor tenía otra idea. Nos invitó a atravesar el lago hasta llegar a la otra orilla. No era nuestra orilla, nuestro país, nuestra sociedad basada en la fe en Yavé. Era la otra orilla, la orilla opuesta: ciudades paganas, zonas selváticas del Jordán, rechazo de los judíos... No era nuestra orilla; allí dominaba Satanás, el enemigo, el espíritu del mal. Desembarcamos en un lugar solitario y abrupto. No se veía a nadie; caminamos un rato conversando con el Señor sobre sus últimas enseñanzas. De pronto, oímos gritos pavorosos, voces sin sentido, rugidos agresivos, violentos. El Señor nos pidió calma y siguió andando en dirección a las voces, por lo cual tuvimos que seguirlo, a pesar de que nuestro deseo era reembarcar y volver a nuestra orilla.

*Ahora, tras el paso de muchos años y viviendo una ancianidad llena de paz, rememoro con frecuencia y con gratitud aquel día en que nací de nuevo por su Palabra. Incluso, echo la vista más atrás y contemplo cómo el mal fue apoderándose de mí. Fue un proceso muy lento, duró muchos años. Creo que todo empezó con aquellos estados de ánimo que se apoderaban de mí, que se hundían en el corazón hasta hacer olvidar la vida, la compañía que me rodeaba. Eran golpes de imaginación y sentimientos a los que yo daba entrada para olvidar lo normal, lo diario. ¡Era todo tan vulgar! Pero en mi caso no era solamente el consuelo que buscamos soñando: odiaba la sencillez de la vida, la lentitud del tiempo; y no solo me refugiaba en esos estados, sino que lo hacía con odio creciente, con rechazo cada vez mayor. Vivía la vida de todos y con todos, pero odiándola y odiándolos; y vivía una vida distinta, oculta, que me hacía crearme superior, distinto. Me doy cuenta ahora de que no la vivía como algo imaginario,*

*como una pequeña evasión divertida y pasajera. Fue convirtiéndose, paso a paso, en una especie de falso yo creado por mí mismo, hasta apoderarse de mi persona rechazando el yo real, mi auténtica persona. Un poder desconocido y maligno —lo comprendí mucho después— aprovechó mis experiencias internas para entrar en mi alma y expulsarme de mí mismo; esa vida ficticia se convirtió en muchas vidas irreales pero dominantes de mi interior más que si fueran reales: yo era esto y lo otro, y lo otro... y lo otro. Quería ser todo. El mentiroso, el disgregador, iba ocupando ese espacio que yo le ofrecía en mi orgullo.*

El Señor se acercaba tranquilamente; nosotros, rezagados, poco a poco, con recelo y casi escondiéndonos tras su figura. Era una zona con bastantes sepulcros, descuidados y casi abandonados. De entre ellos, salió el autor de los aullidos y se dirigió al Maestro: un hombre semidesnudo, malencarado, sucio, lleno de sangre y moratones. Temimos que lo agrediera y recuerdo que Pedro metió la mano bajo el manto buscando el cuchillo que solía llevar oculto; pero, contra todo pronóstico, aquel extraño e inquietante personaje se acercó con tono lastimoso, de reproche, como si temiera a Jesús. Dijo algo así como que lo quería echar, que lo dejara tranquilo...

*Poco a poco aquellas vidas falsas se apoderaron de mí; ya no las controlaba. Habían sido ocupadas por el Maligno, de irreales habían pasado a dominantes. Y algo peor, empezaron a enfrentarse entre ellas. Empecé a convivir con una guerra interna entre los fragmentos de mi yo roto, angustiado, una guerra que empezó a exteriorizarse de modo violento. Incapaz de controlarme, fracturado... Era como si dentro de mí habitaran muchas personas independientes, opuestas entre sí. Algo insoportable, imposible de contar. Trataron de pacifi-*

*carme, me llevaron a rabinos, a santones, a curanderos; me hicieron tomar pócimas, recé o rezaron largas oraciones... Todo inútil. Cada vez peor. Según dicen, me volví peligroso, agresivo; me golpeaba contra las piedras. Me encadenaron pero fue inútil. Al final, apaleado y perseguido, me refugié en aquel cementerio. De cuando en cuando alguien me dejaba a distancia algo de comer. Pero mi comida eran hierbas silvestres, lagartijas y otros bichos.*

Jesús no se inmutó. Lo miró fijamente; el hombre calló. Pasaron segundos interminables. Nosotros estábamos expectantes, temblando. Por fin el Maestro le preguntó: ¿Cómo te llamas? Y el endemoniado respondió: *Me llamo Legión, porque somos muchos.* Eran muchos los demonios que habitaban en su interior. Estos pidieron entrar en una piara de cerdos que por allí pasaba. Allí los envió y aquel hombre quedó libre. Vinieron otras personas del entorno y rogaron a Jesús que se marchara, con odio por la pérdida de sus cerdos pero temerosos de que les hiciera alguna maldición. El poseído ahora estaba tranquilo, feliz, como si despertara de un terrible sueño. Quiso venirse con nosotros pero Jesús lo envió a su familia a dar testimonio del poder de Dios.

*Su palabra penetró en mi corazón y expulsó a los demonios que me habían roto y dividido. ¡Qué felicidad sentirse uno! ¡Qué hermoso me pareció aquel paisaje un tanto desolado! ¡Cómo aprecié la vida corriente, la vida de mi familia! Desparecieron aquellos individuosueños. Mi cuerpo se unificó. Hoy soy un anciano, pero mi vida, desde aquel día, ha sido muy gozosa. Me trasladé con mi familia a Betsaida porque en el pueblo empezaron a hacernos la vida imposible. Siempre que me era posible iba a escuchar a Jesús. Tras su muerte y resurrección, me hice bautizar y me añadí a la comunidad*

*cristiana de Cafarnaúm. He sido testigo, he narrado mil veces mi curación, he sido administrador de los bienes a favor de las viudas; lo que ahora hacen esos diáconos que Pedro ha unido a su ministerio. Ya no me llamo Legión, ya no estoy dividido, ya gozo de la paz de los pequeños y sencillos. Gracias, Señor.*

¿Solamente precede al cuerpo esa conciencia identificada con el yo por la ideología? ¿Solamente precede? ¿No hay algo más? Lo hay: la conciencia no solo precede al cuerpo sino que, además, se va declarando independiente del mismo; de la primacía pasa a la independencia; y es que los demonios interiores son independentistas. ¡Viva la conciencia independentista! Prescindiría de la corporeidad si la ciencia se lo permitiera. Se sueña con la emigración de esa conciencia (¿trasplante cerebral?) a soportes artificiales. Y me pregunto: ¿hay un odio larvado a la corporeidad?

¡Qué curioso! Cuando parece que se da culto al cuerpo, que se le mima, se le modela para aparentar belleza y eterna juventud, descubrimos que el aparente culto encubre un menosprecio profundo y creciente. Hay un rechazo mayor de lo que a primera vista se observa. Se percibe excesivamente limitado, frágil, necesitado. Hemos advertido en unos años la multiplicación de gimnasios, salones de estética, chiringuitos para las uñas, etc. ¿Quién está conforme con su propio cuerpo? ¿Estará ese rechazo —muy acusado en países ricos— en el fondo del extraordinario crecimiento de enfermedades como anorexia, bulimia, obesidad? ¿Latirá en el interior la identificación con lo que se siente ignorando lo que se es y lo que muestra el espejo? Pero, sobre todo, lo que más se rechaza, lo que más odioso resulta es que el cuerpo nos preceda, que sea el *a priori* del ser humano, el dato previo a su pensamiento, a su sentir, al ejercicio de su libertad; uno se encuentra con un cuerpo que no es absoluta y originariamente *suyo*; y, engañado este humano de hoy por la pérdida del sentimiento de filiación, de venir de unos padres y de un pasado que él no ha construido, *da el paso a la orfandad negando su corporeidad para*

*ser libre*. Se sueña dejar el propio cuerpo fuera de la existencia, prescindir de él; el cuerpo es nuestra prehistoria y, al rechazarlo, se rechaza la historia, la herencia del pasado, la genealogía. Es hacer del cuerpo el reflejo de la conciencia hasta prescindir de él, al menos de un cuerpo biológico, material. ¿No estaremos volviendo, a pesar del materialismo imperante, a un neoplatonismo con tintes científicos? ¿No es esta conciencia sublevada el equivalente al antiguo «espíritu» separado frente a la materia? ¿No retrocedemos al sueño de la *reencarnación en vida* gracias a la ciencia? Mudarnos a otro cuerpo o cambiarlo sustancialmente.

La muerte afecta al cuerpo, materia degradable. Pero, ¿no podría subsistir la conciencia? El sueño de la inmortalidad renace ahora desde la ciencia aplicada. ¿Y si programáramos genéticamente al individuo? ¿Y si a esta programación se añadiera la nanotecnología para ir más allá de los límites actuales? ¿Y, si ya puestos, pudiéramos prescindir de la gestación en un vientre humano para gestar en el laboratorio?

—*Hum, esto me suena. Perdón, me llamo Aldous Huxley, y lo vengo oyendo desde niño en las tertulias supercientíficas de casa. Mi abuelo fue el célebre biólogo evolutivo británico Thomas Henry Huxley; mi padre, Leonard Huxley, biólogo también, dirigió la revista Cornhill Magazine; mi hermano Julián fue un divulgador científico, primer director de la Unesco y «descubridor» del Coto de Doñana, y mi hermano por parte de padre Andrew, premio Nobel de medicina. ¿Os imagináis las conversaciones familiares? Llegó un momento en que me di cuenta de lo que aquellos sueños encerraban; escribí una novela que quizá conocéis, Un mundo feliz. No me las doy de profeta, pero...*

Sí, señor Huxley, usted fue un profeta y hoy estamos viendo el intento de llevar a la práctica sus profecías. La *era fordiana* que usted adelantó en aquella novela, se llama ahora *transhumanismo*, palabra que, al parecer, fue usada ya por su hermano Julián, y hoy es una corriente dominante en el sector de la ciencia que pretende convertirnos en *cíborg*: un *cíborg* (*org*, organismo y *cyb*, cibernético), un nuevo tipo de ser compuesto de elementos orgánicos programados genéticamente y componentes cibernéticos. Ya no seremos humanos, fruto de esa evolución ciega sin finalidad y sin responsable último que ellos pensaban; seremos fruto de nuestro saber y voluntad: seremos *transhumanos*, por no decir *sobrehumanos*, dado que esta última palabra suena al superhombre de Nietzsche, al nazismo, etc. También lo adelantó Isaac Asimov con aquellos cerebros positrónicos introducidos en cuerpos robóticos.

*Perdón por decir «sexo» en vez de «género»; comprendo que es «mentar la bicha» y haré propósito de no volver a pecar. Permitidme decirlo solamente una vez. Gracias por vuestra comprensión.*

El ser varón o mujer según uno se sienta y poder cambiar según uno decida, no se queda ahí. Si el sexo no viene dado anteriormente a cualquier deseo o decisión, ¿qué importancia real tiene la identidad sexual como varón o mujer? El «qué más da», ¿no abre la puerta al «es trivial e ilusorio»? La sexualidad se convierte en mero accidente cambiabile, en vestido de *quitaypon*. En la actualidad, el pobre varón, rápidamente calificado de machista en cuanto deja asomar su virilidad, acosado, acoquinado y sin saber exactamente qué pinta, se retira de la plaza pública, esconde su virilidad hasta perderla... La mujer se sentirá presionada a ocultar su feminidad y a aparecer como masculina.

O sea, ya puestos, ¿para qué dos sexos? El placer del orgasmo se puede lograr de mil maneras, hasta con muñecas robot. La igualdad verdadera vendrá cuando no haya diferencias. Ahí vamos. Dicen dos conocidos científicos (Eudald Carbonell y Robert Sala):

*Entre los humanos actuales existe un dimorfismo sexual muy leve (...). En un futuro inmediato, la diferencia entre los dos sexos irá disminuyendo entre los humanos; incluso nos atrevemos a predecir que, a largo plazo, de llevarse a cabo la reproducción extrasomática o extracorpórea, la igualdad sexual puede llegar a ser una realidad en todos los ámbitos: social, cultural y biológico (...). Sigue quedando, sin embargo, una rémora esencial: la gestación y el parto,*

*que continúa marcando una desigualdad mayúscula entre los hombres y las mujeres ante el mundo laboral y la proyección personal (...). Esos seres nuevos y los cibernéticos a los que nos hemos referido ya no serán estrictamente humanos. Tampoco lo serán los seres concebidos y gestados en úteros artificiales, fuera del seno materno...* (AÚN NO SOMOS HUMANOS, págs. 59, 60, 67, 201).

Entonces, ¿se puede considerar verdadero y auténtico feminismo, defensa de la mujer como tal, el llamado *feminismo de género*? Al parecer, en su esencia y a largo plazo, no defiende a la mujer como mujer sino que aspira a una «superación» de la diferencia sexual, o sea, a la desaparición de la mujer como tal. Un feminismo auténtico intentaría que el varón fuera cada día más varón, más definido en su sexualidad, y la mujer lo fuera como mujer; que el varón dejara atrás el machismo y la mujer también superara el «hembrismo», pero no la virilidad ni la feminidad. Que fueran dos versiones diferentes de lo humano, igualmente personas, mutuamente atraídos, con los mismos derechos, libertades y obligaciones. Si la lucha por la igualdad de la mujer, totalmente legítima y necesaria, se tiñe de lucha de clases, ya no es lucha por la mujer, dado que no hay mujer sin apertura al varón ni varón sin apertura a la mujer.

La maternidad, para esta corriente transhumanista de género, es el último obstáculo para que la mujer adquiera total igualdad con el varón. Y como los vientres de alquiler son nombrar madre a quien ha comprado la maternidad, el futuro pasa por el laboratorio (¿el futuro solamente?). Por tanto, humanos sin ombligo, sin madre ni hermanos, sin amores ni traiciones, sin grandes y peligrosas emociones, sin apegos ni complejos edípicos... ¡Qué felicidad! La humanidad está salvada.

La ideología de género —la cuarta y última revolución burguesa— se apodera del Estado, de la legislación y abre la puerta a una invasión de lo más íntimo de la vida privada por parte del mismo. Es lo que en el fondo intentan todas las revoluciones. El Estado se apodera del alma, del corazón, imponiendo una visión ideológica. Así, se convierte en totalitario, con un totalitarismo que no tiene parangón en épocas anteriores.

(Por si acaso alguien aún no distingue bien: no se pueden confundir los conceptos de *dictadura* y *totalitarismo*. La dictadura, a evitar en cualquiera de sus grados de intensidad, es la concentración del poder en una persona que se impone a la libertad institucional de los ciudadanos. Es una patología social. La ideología totalitaria, sin embargo, puede tener figura y apariencia democrática pero entrega en manos del Estado la conciencia del ciudadano. Hitler subió al poder por medio de las urnas. Es más que una patología, es una muerte de lo humano como tal, una *dictamuerte*: no dicta ni impone un orden social sino el ser mismo, la intimidad.)

La prueba de que la ideología de género contiene en su seno el feto de un Estado totalitario es que expropia a los hijos convirtiendo a los padres en *progenitores*, o sea, engendrados sin verdadera función educativa. Empezó esta degradación del lenguaje con el fin de llamar padres a quienes realmente no lo eran, pero va mucho más allá. El Estado —¿o los que se han apropiado del Estado?— se convierte en padre de todos los que nacen, los secuestra. Es el Flautista de Hamelín conduciendo (¿a dónde?) a esos huérfanos con los dulces acordes de una supuesta partitura de libertad.

Esto se visibiliza especialmente en la apropiación ideológica de la escuela, parte esencial del robo y suplantación de la paterni-

dad. ¿Saben lo que hacen quienes promueven esta «enseñanza»? ¿No es destruir en niños pequeños la seguridad y confianza que normalmente se tiene de la sexualidad, o sea, de su identidad corporal? ¿No es introducir artificialmente una pregunta angustiada y estresante? Si la pretensión es modificar y adaptar el cuerpo al sentimiento o conciencia que se experimenta, ¿no sería por lo menos tan legítimo intentar adaptar esa conciencia (lo que uno siente) a la corporeidad real? ¡Ah, pero qué dice usted! Eso es un grave atentado, un delito. Sí; sus partidarios rechazan como agresiva e insoportable la terapia para ajustar la conciencia a la corporeidad en el caso de homosexuales o transexuales, pero no ven nada pernicioso en llenar de hormonas e intervenciones quirúrgicas a personas muy jóvenes que, por un lado, pueden sufrir los efectos negativos de estos tratamientos, y, por otro, pueden encontrarse años después con la imposibilidad de la vuelta a los orígenes ahora, tal vez, añorados y llorados. Y los padres, ¿cómo es posible que, paso a paso, vayan cediendo sus hijos, lo más íntimo y sagrado de sus hijos a ideólogos dominadores?

Quizá, si el dominio escolar prosigue, no quede más remedio que llevar la enseñanza a las catacumbas, abandonar el colegio público, sea estatal o concertado. Es muy posible que los padres empiecen a sacar a sus hijos, a educarlos en casa, a unirse con otras familias para organizar redes de enseñanza domiciliaria con tutores transeúntes y con la ayuda de los medios actuales de comunicación y transmisión. Es posible que pronto estemos ante un nuevo modelo de enseñanza, privada y familiar, pero relacionada y organizada. Si se quiere mantener esa conquista que es el centro público de enseñanza, creo que el profesorado actual debería defender la autonomía y la limitación de la instrucción que se imparte en los centros.

No estamos ante una moda, ni ante una broma del mal gusto. Es algo muy serio. Es la última revolución, —tras la religiosa de

Lutero, la política de las Revoluciones Francesa y Estadounidense, la económica de Marx—, ahora la más destructiva, pues lo es del ser humano como tal. Todos callan: padres, médicos, profesores, políticos... No se permite la objeción de conciencia; la ley se convierte en conciencia colectiva. Es la revolución provocada y guiada por el poder, no por el pueblo oprimido (mujeres, homosexuales...) Esto debe quedar claro a los verdaderos militantes izquierdistas: ninguna revolución ha sido apoyada por el poder; esta se está imponiendo desde la ONU, la Unesco, los poderes económicos y los Estados. ¿Una revolución desde arriba? ¿No será otra cosa?

Termino. Escribí *un cuento* hace años. Puede ser un modo más expresivo de decir lo que he tratado de contar brevísimamente.

## Umbilicatus

¿Qué misterio se esconde en los sueños? Nuestros antepasados pensaban que en ellos nos hablaban los espíritus, o Dios quizá. Os voy a contar un sueño que tuve un día de Nochebuena. Entonces me pareció larguísimo; os relato lo que recuerdo tal como lo recuerdo:

Estoy en una nave futurista, sin ruidos, sin colores; llena de luz blanca e hiriente. Va muy llena pero yo viajo solo. Desembarco en un gran aeropuerto; me veo en medio de una masa que me absorbe y me conduce al control de desembarque. ¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¿Adónde voy? La multitud empuja y conduce hacia el control. Una muchedumbre inmensa pero silenciosa, disciplinada; paso a paso y todos al tiempo; me recuerda las multitudes en las procesiones de Sevilla: el pasito a pasito que evita accidentes por aglomeración. ¿Esta gente no habla? Pregunto a uno que camina pegado a mí, dónde estoy; ni me mira. Un pensamiento me sorprende: ¿estaré rodeado de robots? Sonríe: ¿cómo se me habrá ocurrido? Llego al control. Paso por unos escáneres controlados por un sujeto con cara de aburrido. Pero, ¿es que hacen radiografías a los viajeros?

De pronto, el aburrido funcionario se despierta con los ojos como platos; me mira y grita como un histérico, mientras me señala con el dedo, en medio de aquel silencio inhumano: ¡Umbilicatus!, ¡Umbilicatus!, ¡Umbilicatus! Todos se apartan de mí, como horrorizados; quedo aislado, aparecen unos guardias de blanco impoluto y me llevan con ellos mientras la masa se aparta como asqueada abriendo un pasillo amplio. Pienso: ¿Traeré alguna enfermedad contagiosa? No creo; seguramente me han confundido con un criminal famoso llamado Umbilicatus o algo

así. Se aclarará, se aclarará, me digo. Me llevan por un pasillo inmenso, sin que mis pies den en el suelo, como si flotara.

Estoy en una sala muy parecida a la nave en que llegué. Todo transparente, blanco, luminoso, aséptico. Entra alguien con aspecto de autoridad. Se sienta y me invita a que me siente, aunque no veo asientos. Hago el gesto de sentarme para llevarle la corriente, y siento la dureza de un respaldo que no puedo ver. Me observa con curiosidad, como a una especie extinguida. Le pregunto quién es ese Umbilicatus, le digo que mi nombre es otro, que ha habido una confusión, que puedo demostrarlo...

Hace un gesto de superioridad y dice:

—«*Umbilicatus*» no es el nombre de un sujeto, sino la designación de quien tiene ombligo. ¿Usted tiene ombligo! Es un umbilicado.

No puedo evitar romper a reír a carcajadas:

—*Por supuesto que tengo ombligo. ¿Usted no?*

—*No, yo no tengo ombligo. No he necesitado de madre para nacer. No tengo esa señal de atadura, de dependencia, de esclavitud, que usted tiene. Nadie en este mundo tiene ombligo.*

—*O sea —le digo— que aquí la evolución ha tomado otros caminos...*

—*Nada de evolución. Ha sido la decisión. La decisión de unos cuantos sabios y un largo y trabajoso camino.*

No puedo menos que pensar: ¿y para qué tanto camino? Él parece adivinarme:

—*¿No se da cuenta? Ya no hay ombligos: nadie procede de la decisión de otros; no hay dependencia de una pasión, de la carne y de la sangre; no hay amores que hundan en la miseria, no hay sexo débil ni fuerte, no hay divisiones. El ser humano se ha integrado; sus*

*dos mitades —masculina y femenina— se han integrado: ¡somos el Andrógino! Sin padre y sin madre, sin parentesco, sin lazos, sin sufrimientos. Cada uno hace su vida respetando las normas superiores, las leyes del Estado providente; unas leyes democráticas. Es la paz que el mundo había soñado.*

*—Muy bien. Allá ustedes con su sistema. Yo prefiero marcharme a mi mundo, regresar a la tierra, quiero seguir siendo humano.*

Cuando digo esto, me mira como quien contempla a un idiota incapaz de comprender.

*—Pero, ¿es que no entiende? Usted no puede volver a ningún sitio. Usted, no sé por qué casualidad, ha viajado al futuro. Esta es su ciudad, su mundo... dentro de unas décadas. Y no puede volver porque nos denunciaría, denunciaría nuestros planes cuando aún están empezando a ponerse en práctica allí.*

*—No hay peligro alguno —le contesto. ¿Usted cree que alguien me creerá si cuento lo que me ha sucedido?*

*—Mi temor no es ese. Efectivamente, no lo crearán de momento. Pero usted tiene ahora la clave para unir muchas cosas que sus contemporáneos ven como sucesos sin relación. Usted, ahora, está en condiciones de hacerles ver que la sustitución de los sexos por los géneros, el reconocimiento de la homosexualidad como un derecho humano, la normalización del aborto, el matrimonio homosexual, la identidad transexual, la manipulación de embriones no son más que los elementos de un mosaico que, pasados los años, será nuestra civilización. Bastante nos cuesta ir cambiando la mentalidad; en su época, ya tenemos controlados los medios de comunicación; nuestros comunicadores y artistas hacen una gran labor de seducción mostrando la*

*bondad y la normalidad de esas conductas que ustedes todavía rechazan por antinaturales. Pero con muchas dificultades: en los partidos que abren estos caminos, bastantes afiliados se resisten por ideas religiosas o humanistas; hemos de convencerlos de que se trata de pequeños avances en las libertades o de puertas para el progreso científico, o de paliativos para el sufrimiento de personas... Usted puede ser un gran peligro. Así que debe morir; pero, tranquilo, no sufrirá.*

Empecé a perder la conciencia, hice un esfuerzo supremo para resistir... y entonces desperté. Desperté, aparté las mantas y, sin sentir el frío de la noche de diciembre, corrí al salón donde habíamos engalanado el portal de Belén. Aquel año estrenábamos un Niño Jesús hermoso; estuvimos varios días escogiendo el adecuado para que se pareciera al bebé que Dios había regalado por entonces a nuestra familia: me dirigí a Él angustiado, emocionado: ¡Umbilicatus! —grité entre risas y lágrimas—. Sí, el divino Niño tenía ombligo, era humano. *El Verbo se hizo carne*. De rodillas lloré ante María y le pedí por todas las madres y todos los hijos del mundo, por ese bendito lazo de amor que nos une a todos los humanos en una historia de amor y de pecado compartida solidariamente. Quere-mos ser humanos, como Dios nos creó. Macho y hembra como Dios nos creó. Padres e hijos, como Dios nos creó. Recé por mi madre y di gracias a Dios.